

ningún argumento esencial. Su originalidad no es de pensamiento sino de expresión. Al bañarse en la gracia inagotable de su dicción, las viejas ideas se remozan y resplandecen con nueva luz.

A veces su escepticismo resbala por la pendiente del pesimismo. Los hombres son mezquinos, ávidos, tontos, insensatos, egoistas, crueles. Las gestas de la humanidad no fueron sino bufonadas lúgubres. La cordura no es de este mundo. Ni tampoco la felicidad. ¿Conoceis la historia del hombre sin camisa, que él ha vuelto a narrar en una corta y densa novela? Si quiere curar su neurastenia, es menester que el rey Crisóbal V lleve la camisa de un hombre feliz. En vano sus emisarios la buscan por el reino. ¿Dónde está el hombre feliz? Muchos son los que aparentan serlo, pero todos, en la corte y fuera de ella, pobres y ricos, viejos y jóvenes, tienen una espina clavada en la carne, les roe el alma un mal secreto. Sin embargo, el hombre feliz existe. Dan con él los cortesanos al año de inútiles correrías. Vive en el bosque, en la cavidad de un árbol; sus deseos son limitados y fácilmente los satisface; es feo, fuerte, sano, alegre, industrioso y servicial. Cuando los emisarios del rey le preguntan si es feliz, no sabe al principio qué responder, no habiendo jamás reflexionado sobre la felicidad. Pero cuando se le pide la camisa, a cambio de cualquier cosa, «su rostro jovial expresó, no el pesar y la decepción, pues era incapaz de experimentarlos, sino una gran sorpresa. No podía dar lo que le pedían. No tenía camisa».